

LA CONFERENCIA DE MR. SCHEVILL

Obstáculos materiales surgidos a última hora en las obras de restauración de la Biblioteca, imposibles de vencer a pesar de la buena voluntad de todos, han sido causa de que su inauguración solemne, oficial, se haya aplazado. Como saben nuestros lectores, la Sociedad de Menéndez Pelayo había organizado una serie de conferencias que coincidiese con aquel acontecimiento. Uno de los conferenciantes era Mr. Schevill, que desde la Universidad de California (Berkeley), donde es profesor, vino con este exclusivo fin a Santander. La junta de la Sociedad, para que el viaje tan penoso del ilustre profesor no fuese en vano y para que los socios pudiesen escucharle, creyó lo más oportuno organizar la conferencia de Mr. Schevill y diferir las demás para cuando de un modo oficial pueda inaugurarse la Biblioteca.

En efecto, el día 20 de Agosto se celebró una solemnisima sesión en el salón de actos del Instituto. S. M. el Rey se dignó presidirla dando una prueba más de su amor a la cultura y de su devoción al Maestro.

Asistieron también el Nuncio de S. S., el Director de la Academia Española don Antonio Maura, los Marqueses de Comillas, el Duque de Alba, el académico de la Historia don Francisco de la Iglesia, nobles palatinos, autoridades, comisiones y numeroso y distinguido público.

S. M. el Rey concedió la palabra al señor Bonilla San Martín, que presentó a Mr. Schevill, diciendo:

«La Sociedad «Menéndez y Pelayo» ha tenido el buen acuerdo de invitar, para dar principio a la serie de solemnidades que han de celebrarse en memoria de aquel maestro insigne venerado por todo buen español, a uno de los más eximios representantes de la cultura hispánica en los Estados Unidos: al doctor Rodolfo Schevill, profesor de Lengua y Literatura españolas en la Universidad de California (Berkeley) y jefe en la misma del departamento de Lenguas romances. Y ha sido esta una excelente determinación, porque tal Universidad es quizá la más española de Norte América, no sólo por la calidad y las condiciones de los que en ella enseñan nuestro idioma y nuestra historia, sino también por ser aquel el territorio de la Gran República donde mayor número de recuerdos se conserva de nuestra civilización, que allá extendió su bienhechor influjo en tiempos pasados y que allí dejó, entre otras huellas, nombres de ciudades y de ríos, inmejorables trazados de caminos públicos y grato recuerdo de algunos hombres insignes, como el P. Junípero Serra, que procuraron regenerar con espíritu de caridad y de trabajo lo que atrevidos exploradores de nuestra raza

habían conquistado a fuerza de valor y en virtud de ideales no tan exageradamente mercantiles como los que en nuestros días inspiraron más sangrientas luchas. Es, además, aquella bellísima región el lugar donde se ha elaborado un excelente libro de reivindicación de nuestro proceder colonial: «Los exploradores españoles», del benemérito Lummis, libro que anda en manos de todos merced a la generosidad y al patriótico entusiasmo de un español insigne, don Juan C. Cebrián, que algunos vínculos mantiene, por cierto, con esta tierra montañesa donde ahora tengo el honor de recordarle.

Lo que otros persiguen con panegíricos harto justificados obtiéndolo allá el profesor Schevill con su enseñanza y sus publicaciones, para todo lo cual se preparó en sus años juveniles (sin que esto sea suponerle viejo), mediante una labor larga y brillantísima. Siguió en Alemania, entre otros, los cursos del insigne Tobler (Berlín), a quien tan magníficos trabajos debe la filología romance (y especialmente la francesa). Estudió en la capital de Francia, bajo la dirección del eminente Gastón París, y entonces se ofreció a sus ojos, con una intensidad desusada, el espectáculo de una labor de erudito y de artista, de filólogo y de pensador, apareciéndole como evidente verdad que el espíritu científico y la inspiración estética no son esteras separadas por un infranqueable abismo, puesto que el Arte es amor a lo Bello, y sin esta calentura de amor cualquier obra humana será siempre cosa muerta y pasajera.

Visitó luego nuestro país, y aquí conoció el señor Schevill a Menéndez y Pelayo, de quien puede y debe estimarse discípulo por lo mucho que disfrutó de su conversación y enseñanza, y a quien ha dedicado después uno de sus mejores libros.

De la cultura germánica asimilóse el profesor Schevill la considerable tenacidad en el esfuerzo, el minucioso acopio y paciente análisis de los elementos de trabajo, la seriedad y profundidad del criterio. De la francesa tiene el exquisito don de la forma grata y de la comprensión fácil y clara. Unid a esto la sobriedad expositiva y la agudeza características de su tierra natal, y echaréis de ver las notas capitales de este ilustre investigador que hoy va a comunicarnos su pensamiento y el de los suyos acerca de la cultura hispánica y especialmente de la representación del venerado maestro, gloria de Cantabria y de España.

Prolijo e impertinente sería que os hablase aquí de los muchos y excelentes trabajos literarios del profesor Schevill: de su curiosísimo estudio sobre el dramaturgo Diego Jiménez de Enciso; de sus profundos trabajos acerca de «Persiles y Sigismunda»; de sus excelentes ediciones de textos antiguos, como «El Buen Aviso y Portacuentos» de Timoneda, o modernos, como «El haz de leña», de Núñez de Arce; de sus preciosas investigaciones de extraordinaria labor, sobre las relaciones entre la novela y el «folklore»; de sus trabajos pedagógicos y críticos; de libros tan capitales como «Ovidio en España» (1913), cuyo

título recuerda el de aquel otro: «Horacio en España», que fué una de las primeras y más deliciosas publicaciones de Menéndez y Pelayo; o como «El arte dramático de Lópe de Vega» (1918), donde el profesor Schevill ha escrito las más profundas páginas que sobre el gran dramaturgo se han publicado después de los inmortales «Prólogos» del maestro; o, finalmente, como el volumen que en estos días ha dado a luz con el título de «Cervantes», donde sin pormenores inútiles y con penetración singular, unidos a una forma extraordinariamente amena, ha trazado una admirable exposición de la vida, producciones y carácter del autor del «Quijote» (cuyas «Obras completas» publica también el profesor Schevill en edición aparte, primera de índole crítica que se ha impreso hasta ahora).

Tal es a grandes rasgos dibujada, la labor literaria del profesor Schevill.

Sólo he de encomendar a vuestra reflexión esta singular concomitancia: a los Estados Unidos debe España la primera edición completa y crítica que se ha intentado de las obras del más ilustre de nuestros ingenios; y de allá procede también este hombre de sencilla palabra y recto criterio cuyos juicios deben merecernos especial interés, por la serena imparcialidad que les caracteriza. Cuando todo se discute entre nosotros, hasta lo que parecía más inmovible de nuestras tradiciones científicas y literarias, adquiere más valor el criterio de un investigador que, por su patria y por su carácter, se halla alejado de la viciada atmósfera de personalismo que desde hace algún tiempo respiramos».

El Rey y el público aplaudieron calurosamente el discurso del señor Bonilla.

A continuación subió a la tribuna el profesor Schevill, que leyó con entonación clara y casi sin acento extranjero, su hermoso trabajo sobre «Menéndez y Pelayo y el estudio de la cultura española en los Estados Unidos».

Como nuestros lectores recibirán con este número del BOLETIN un ejemplar de este discurso, nos abstenemos de extractarlo. El público escuchó con gran interés la conferencia y en varias partes el Rey inició los aplausos que, al terminar la lectura M. Schevill, se convirtieron en resonante ovación.

A continuación don Enrique Menéndez Pelayo se levantó a dar las gracias en nombre de la Sociedad a S. M. el Rey, y con voz clara y noble y elegante además, dijo:

«Señor: La Sociedad «Menéndez Pelayo» organizadora de esta conferencia —y de otras que, con la ayuda de Dios, habrán de seguirla— quiere ofrecer ahora a V. M. el más rendido tributo de gracias por haberse dignado presidir esta sesión.

Y perdonad, señor, que una tan sabia agrupación, en cuyas listas se leen los nombres más respetados de nuestra nobleza intelectual, haya de comunicarse con V. M. por conducto de tan obscuro sujeto. Pero este acto que la Sociedad celebra tiene como fin principal, honrar la memoria de aquel con cuyo nombre ha sido designada; derivándose de aquí una de tantas incoherencias

de la suerte: que el menos autorizado para hablar en este sitio sea el más obligado a ello.

No he vacilado, pues, en aceptar tan honroso encargo. ¿Cómo pudiera yo desaprovechar esta nueva ocasión de rendir a los pies del Trono mi fervorosa, mi inmensa gratitud por las muestras de afecto que a V. M. hubo de merecer mi hermano? Yo sé, Señor, cuán poderosamente le estimulaban en su labor, en aquella labor nunca interrumpida hasta que, por quien pudo hacerlo, fué avisado de que era hora de partir. Sólo entonces dejó la pluma, que su Rey tuvo la magnanimidad de recoger y guardar; sólo para tomar el Crucifijo, soltola de la mano.

La honra que hoy recibe esta institución se extiende y prolonga fuera de ella misma; porque así como un haz de luz que emerge de un foco colocado a gran altura alcanza a iluminar una gran extensión de terreno, así las mercedes regias, como vienen de tan alto, favorecen y glorifican vastísima porción del mundo moral o intelectual sobre que recaen.

De este modo la presencia de V. M. honra en primer término el recuerdo y la fama de aquel leal súbdito vuestro que se llamó Marcelino Menéndez Pelayo, uno de los más asiduos colaboradores que V. M. tenía en la empresa de restaurar a España. Honra a la vez la alta cultura nacional en dos de sus más egregios representantes: extranjero el uno, pero tan enamorado de nuestra Historia y tradición literarias, que ha sido capaz de trabajar esa obra maestra que acabamos de oír; español el otro hasta la medula de los huesos, esclarecedor doctísimo y genial de nuestra ciencia filosófica y de mil puntos oscuros y controvertidos de las patrias letras. Honrais, señor, al mismo tiempo ese generoso y para nosotros enorgullecedor movimiento de amor e interés hacia los estudios hispánicos, que se ha despertado en países extranjeros y que tan calificado embajador envía hoy cerca de nosotros. Y honrais, por último, como tantas otras veces, a esta ciudad bien amada, en la que son afectos preferentes el amor a su Rey y el amor a su sabio.

Y así, por tan lógica y suave manera, este acto, bajo su modesto carácter de conferencia erudita, viene a ser un acto de honda, sincera y por decirlo así, documentada afirmación española.

No siempre a estas novedades y acaecimientos literarios se les ve su punto de articulación con el progreso general de los pueblos, mas esto no quiere decir que no le tengan. Antes bien son ellos los que más a menudo van abriendo en la vieja casa solariega nuevas ventanas por donde se alcancen a ver horizontes nuevos, huecos practicados en muros donde antes no existían, sin duda porque no era llegada la hora, ni la necesidad de que existieran; porque el sol de la Historia va dando vueltas como el sol del cielo...

¿Quién nos dice, Señor, que no ha de volver a darnos de cara a los españoles? ¿Quién no siente al respirar este aire que aquí esta noche se respira,

que esta sombra como de crepúsculo que nos envuelve, no es de crepúsculo vespertino, cercano, por lo tanto, a las tinieblas de la noche, sino más bien del que precede a la radiante aparición del alba? ¿No se van lentamente esclareciendo términos del paisaje, de nuestro paisaje ideológico y moral, que antes apenas se veían? ¿No existe una noción cada vez más clara de la misión de nuestra raza, de la positiva existencia de un espléndido pasado intelectual que hombres como estos, a quienes acabamos de escuchar, y como aquel cuya memoria evocamos, han ido tan sabiamente inventariando? ¿No nos avisan desde pueblos aledaños, colocados circunstancialmente más en alto que nosotros, que de nuevo se va viendo surgir el noble perfil de la que fué señora del mundo?

¿No se ve pasar, sobre el horizonte que clarea, la excelsa figura de un Rey joven y gallardo que se adelanta a todos a trabajar por el bien de su pueblo? ¿Quién, en fin, nos da derecho a pensar que Dios ha de desoir la fervorosa plegaria de quien públicamente le ha consagrado su reino?....

(Ovación estruendosa, que se prolonga largo rato.)

Hoy es, Señor, realidad consoladora lo que nuestro gran poeta montañés Escalante, dijo como en profecía al saludar en magníficos versos vuestro augusto nacimiento:

Con la heredada sangre, ola tras ola,
la Providencia; acaso, haya traído
el alma sin pavor, la fe española
del muerto Rey, al Rey recién nacido.

(Nuevos aplausos.)

Con harta razón, el mismo poeta, estrofas adelante, invitaba al pueblo español a que rodeara, henchido de esperanza, vuestra regia cuna:

Hínca junto a esa cuna tu bandera,
tendida al viento de futura gloria.
¿Quién penetró lo que a tu nombre espera
en las páginas blancas de la Historia?....

Perdonad, Señor, que haya molestado por tanto tiempo la atención de Vuestra Majestad. Mi corazón de español y de agradecido trájome acaso hasta más acá de lo que consiente el respeto. Pero la benevolencia es virtud que os acompaña y sigue tan de cerca, que no parece sino la sombra que proyecta en el suelo vuestra grandeza. ¡Viva el Rey!

Varias veces rompieron los aplausos el hilo de tan conmovedor discurso, que al final hizo estallar una cariñosa y efusiva ovación.

S. M. conversó un buen rato con Mr. Schevill, felicitándole e interesándose por los proyectos que el conferenciante había apuntado en su discurso. También felicitó efusivamente a los señores Bonilla y Menéndez Pelayo.

Cuantos asistieron a este primer acto público de nuestra Sociedad, guardarán seguramente de él grátísima y perdurable memoria.